

rosos para pactar otra reforma. Eso, no el carácter moral de los actores, es lo que explica su ausencia.

No pretendo, por supuesto, excusar a los mediocres políticos mexicanos. Son, como, bien señala Silva-Herzog Márquez, pigmeos. Pero no creo que la clave principal de nuestros males seculares se encuentre en su disminuido tamaño. Estamos, creo, más de lo que pensamos a la merced de factores impersonales y anónimos que no controlamos y que escapan a la voluntad de los actores políticos: la desigualdad y sus efectos en la provisión de bienes públicos como la seguridad y el estado de derecho, la debilidad y la vulnerabilidad de la economía y la precariedad del entramado institucional.³ Si de voluntades se tratara, Tocqueville habría sido

mucho más optimista sobre el futuro de Francia. Si la inestabilidad política crónica pudiera ser resuelta por políticos desinteresados e ilustrados el mal no sería tan grave. Sin embargo, no era así. Francia era víctima de su historia y de sus hijos bastardos: la centralización administrativa, la guerra entre la religión y la libertad y la desigualdad. Nada de eso podía ser borrado de un plumazo. El cambio, lento y doloroso, era posible mas no lo era la alquimia democrática. Sobre Tocqueville Guizot alguna vez afirmó: «es un hombre derrotado que acepta su derrota». Silva-Herzog Márquez, por el contrario, no se resigna a la derrota. Tiene más confianza en México que la que Tocqueville depositaba en Francia. La inteligencia es su apuesta: ojalá no se equivoque.

NOTAS

1. Profesor-investigador de la División de Estudios Políticos del CIDE.

2. Stephen Holmes, «Treasures of hate and envy: A reading of Tocqueville's *Ancien régime*» (manuscrito sin publicar).

3. Véase Adam Pzerworski, «El Estado y el ciudadano», *Política y Gobierno*, 2, 2, 1998.

EN DEFENSA DE LAS LAGARTIJAS Y LOS CAMPANAZOS

Jesús Silva-Herzog Márquez

En un aviso a sus lectores en donde defendía su derecho a ser antipático, Miguel de Unamuno, escribía que no había mejor aliento para un escritor que la crítica: «el combatirle a uno es un modo de animarle y apoyarle», decía.¹ El combatirle a uno es mucho más alentador aquí, en la patria del ninguneo, en esta tierra donde no existe lo que no me elogia. Esa mexicana

forma del solipsismo que Octavio Paz denunció hace muchos años parece el saco de la vida intelectual mexicana: el desprecio antes que la crítica; el insulto antes que el debate, el silencio antes que la discusión. Las críticas de Andreas Shedler y José Antonio Aguilar son por eso un aire estimulante que mucho agradezco. Quise en *El antiguo régimen* hacer una crítica al

poder que fuera, al mismo tiempo, una crítica de la crítica. La mejor recompensa es, precisamente ésta: recoger críticas de mi crítica.

Andreas Shedler hace una crítica académica a mi libro que me regresa a las advertencias de Unamuno. Decía el filósofo vasco que no buscaba en su escritura una forma de halagar a sus lectores, que no deseaba el respeto de los estudiosos, que no trataba de esconderse en la impersonalidad, que había que cortar el tejido de las ideas sin anestesia y que la agresividad intelectual no era más que una forma de arremeter contra uno mismo. En estos apuntes se encuentra todo un programa al que me adhiero, un programa intelectual que afirma la dignidad del ensayo frente a las pretensiones de los científicos, una defensa de la crítica frente a la tentación del aplauso, un alegato a favor de la contradicción. Carlos Pereda en su *Crítica de la razón arrogante*² ha hablado precisamente de esta soberbia académica: no hay más ruta que la propia, no hay saber fuera del método, ni razón que escape el dictamen de los colegas. Aquello que no se sostiene con un gordo aparato de citas es humo de opiniones.

El ensayo, sugiere Shedler, es un divertimento solitario que no alcanza la seriedad de la ciencia. El texto le parece un entretenimiento quizá sabroso, pero incongruente y carente de rigor. Las imágenes del libro pueden ser curiosas, pero son, a fin de cuentas, falsas. Sobre la imagen del PRI como una lagartija decapitada —imagen que por cierto proviene de un texto de Gabriel Zaid—, Shedler dice: «Excelente metáfora. Lástima que no es cierto». Pero, ¿puede ser cierta una metáfora? Por supuesto que no: las metáforas son mentiras. Son recursos mentales indispensables pero son, a fin de cuentas, falsedad: los ojos no son diamantes. Una metáfora no puede ser cierta o falsa; es

penetrante o boba, brillante u opaca; reveladora o engañosa, profunda o superficial. Criticar la falsedad de una metáfora es lamentar la humedad del agua. Liberar el pensamiento político de las metáforas es un viejo, pero al parecer, infructuoso proyecto. Platón quiso expulsar a los poetas de su ciudad de hielo, sin que eso le impidiera escribir el gran poema político de Occidente. Hobbes veía en la metáfora la perdición de la ciencia y, al mismo tiempo, construía poderosas imágenes del hombre, el Estado y la ley. Aprecio, admiro a los manejadores de conceptos, esos hombres que, como decía Ortega, a todo encuentran asa. Sin definiciones caminamos a tumbos. Pero no puede decirse que la única reflexión válida proceda de conceptos duros como dados. Tocqueville es la mejor prueba de ello. ¿Cuántas nociones contradictorias sobre la democracia hay en su gran obra sobre la sociedad norteamericana? Lo único sistemático en esa obra, dice Stephen Holmes, es la sistemática ambigüedad del uso de la palabra democracia.³

Andreas Shedler somete mi texto a la aduana académica y multa al libro por ser pieza de contrabando universitario. Un libro de fayuca porque le falta dato, prueba, demostración. El problema no son, a su juicio, las conclusiones del libro sino el trayecto de la exposición. Dice, por ejemplo, que he «confesado» que mi caminata de observaciones es desordenada. La palabra *confesión* es suya, no mía, porque no creo que el carácter asistemático de mis apuntes sea un defecto del que deba avergonzarme. Buena parte de los autores que admiro son desordenados. Peinar a Montaigne sería decapitarlo. Advierto al lector que mi texto carece de sistema para que no piense que éste es un tratado de Transitología. Shedler me pide, en suma, que mi ensayo deje de serlo; quisiera leer una investigación sistemática apegada a

un método, repleta de definiciones, datos y pruebas y abultadas notas de pie de página. El problema es que eso es otra cosa, no un ensayo. José Ortega y Gasset decía que lo que caracteriza a un ensayo es justamente el carecer de prueba explícita. Julio Torri afirmaba que la virtud más hermosa del ensayo era su horror a las explicaciones. Octavio Paz, al resaltar las dificultades del género y explicar la escasez de los buenos ensayistas, decía del ensayo: «En uno de sus extremos colinda con el tratado; en el otro, con el aforismo, la sentencia y la máxima. Además exige cualidades contrarias: debe ser breve pero no lacónico, ligero y no superficial, hondo sin pesadez, apasionado sin patetismo, completo sin ser exhaustivo, a un tiempo leve y penetrante, risueño sin mover un músculo de la cara, melancólico sin lágrimas y, en fin, debe convencer sin argumentar y, sin decirlo todo, decir todo lo que hay que decir».⁴

Razón que no exprime todas las evidencias, juicio distante del didactismo, cavilación que muestra sin demostrar. Ése es el régimen del ensayo, un género despreciado pero, sobre todo, incomprendido por la tribu universitaria. La crítica de Shedler nos hace pensar sobre la condición de ese modo de reflexión. ¿Vale ese ejercicio para pensar la política hoy? ¿O será que la artesanía de Montaigne está destinada a morir atropellada por la venerated industria del trabajo académico?

Tiene razón Shedler al advertir que mis afirmaciones carecen frecuentemente de «bases empíricas». Pero eso es, insisto, lo que marca este género anfibio del ensayo: trata de convencer sin argumentar, como dice Paz. Coincido con él en que la denuncia de las incompetencias históricas de la clase política mexicana puede ser excesiva y hasta injusta. Hoy sería menos severo en mi juicio porque advierto que, debajo de las ruidosas riñas entre los hom-

bres del poder, se han ido construyendo pactos, acuerdos, convenios que nos mantienen a flote. No se ha paralizado el gobierno, no se ha bloqueado sistemáticamente a la administración. A pesar de todos los estruendos, la sociedad política está aprendiendo a entenderse. Las críticas que he hecho a la clase política son, en efecto, abstractas. Quizá ese es un defecto del texto. Lanzo la crítica a un género sin precisar nombres propios. Lo que explica esa decisión es que quise hablar de las lacras de nuestra sociedad política sin caer en la denuncia de los personajes pasajeros de nuestra historia reciente.

Lo que es curioso es que, si he leído bien a Shedler, coincide con buena parte de las ideas planteadas en el texto y, sin embargo, no está de acuerdo con el modo en que las he expuesto. Considera —y eso me parece un severísimo cuestionamiento que merece ser tomado muy en serio— que la falta de pruebas, las generalizaciones, los juicios críticos expresan un desprecio por las razones de otro. Shedler sugiere que no atiendo los argumentos de mis adversarios, que los ninguneo. ¿Es eso cierto? Espero que no. No pretendo esconderme en la impersonalidad de la Ciencia: *mi libro no rechaza la primera persona del singular*. Pero que afirme mi ventana no quiere decir, en modo alguno, que ignore lo que sucede afuera. En mi ensayo hay una conversación con los clásicos y con mis contemporáneos. Que no discuta con ellos a través de los doctos artefactos que Shedler prescribe no quiere decir que los desprecie.

Sugiere Shedler que he enterrado a la transición democrática de México sin haber demostrado científicamente la muerte del sujeto. La disección, sin embargo, está ahí para quien quiera leerla: resalto la atmósfera de la incertidumbre, la transformación del régimen electoral, el fortalecimiento de los contrapoderes. Ahí están las

marcas de nuestra precaria democracia: un sistema en el que el poder ha perdido dueño. Al mismo tiempo, resalto que la inmadura democracia mexicana es frágil, superficial, vulnerable. Discuto, pues, con quienes dicen que la democracia está ligada a un resultado electoral o un cambio económico; discuto también con quienes dicen que la nuestra es una democracia normal. Todo eso se *muestra* en el libro, aunque, por las razones que ya sabemos, no se *demuestra*. Yo no retrato el ser, sólo pinto su paso, decía Montaigne.

Mi texto no tiene una línea que no discuta. Cuestiono la naturaleza del régimen autoritario, el papel del PRI y el carácter de la Presidencia, examino las nociones del constitucionalismo oficial; critico la imagen de la transición dramática, discuto con los adoradores del mercado y los idólatras de la sociedad civil, critico las estrategias y las acciones de nuestros gerentes políticos y las verdades recibidas de nuestra opinión pública. Y hago todo esto incorporando, pesando las razones de los otros. ¿Dónde está el monólogo? Supongo que para Shedler se trata de un monólogo porque el lenguaje del texto le es extraño. No es un texto universitario compuesto para lectores universitarios. No es un trabajo para especialistas, no es un *paper* para politólogos. Es, insisto, un ensayo. Si Shedler resalta lo que él llama incongruencias del libro es precisamente porque en el texto se desarrolla un debate entre posiciones encontradas, sin pretender dar un veredicto final. Se dice por eso que la transición se ha atascado y que la transición ha concluido; se lamenta que los hombres de la transición miren obsesivamente al pasado y al mismo tiempo se advierte que ése es uno de los grandes problemas de todo cambio democrático; se defiende a los partidos en abstracto y se critican a todos en concreto. Este texto está abierto a la contradicción. Creo que

la verdad debe salir de la cárcel de Parménides y reconciliar a los contrarios. En las páginas del ensayo autobiográfico de Edgar Morin he encontrado esta frase de Pascal: «el error no es el desconocimiento de la verdad sino el desconocimiento de la verdad contraria». Tan dialógico es este libro que aquí pueden encontrarse razones para sostener ideas enemigas.

Debo agregar que lo que Shedler admira del diálogo universitario no me parece particularmente estimulante. Me interesa conocer el trabajo de los especialistas, pero no me dirijo fundamentalmente a ellos. Creo que Russell Jacoby tiene razón en su diagnóstico de la vida cultural norteamericana cuando ve en los requerimientos de la academia la muerte del intelectual crítico que habla sobre una multiplicidad de asuntos a un público amplio.⁵ El profesor universitario escribe para sus vecinos de cubículo densos e ilegibles textos que sólo suavizan los agradecimientos a los colegas y patrocinadores. Hay, como dice Jacoby, una terrible complacencia y un lamentable encierro en esa carrera académica atada a las becas y encerrada en las revistas especializadas. Pero lo más lamentable de este fenómeno es que el espacio público se encoge. No menosprecio el trabajo puntual y metódico de los académicos, simplemente creo que no es la única ruta de la reflexión. Hay lugar para muchos discursos en la plaza.

José Antonio Aguilar, por el contrario, acepta la invitación a la caminata y le exige ser lo que quiere ser: filoso instrumento de la inteligencia. Sabe que el ensayo no es el hermano tonto del tratado. Acepta que hay una reflexión que escapa a las tenazas de la academia. Pero el trabajo ensayístico, advierte Aguilar Rivera, tiene sus exigencias. Mi libro, plantea José Antonio, es una promesa frustrada: «el proyecto no fue llevado hasta sus últi-

mas consecuencias». La lectura tocquevilliana de la transición mexicana adopta sólo uno de los dos Tocquevilles. Citando un estudio de Stephen Holmes que desconozco, según Aguilar Rivera, he seguido al Tocqueville de los *Souvenirs*, pero no al Tocqueville de *La democracia en América*. En mi libro hay poca sociología y análisis institucional y demasiada perorata sobre las miserias morales del momento. El desequilibrio es tal que *El antiguo régimen y la transición en México* termina siendo un ingenuo y hasta peligroso manifiesto voluntarista. Tiene toda la razón José Antonio cuando señala que el voluntarismo no nos lleva lejos. Criticar a los personajes y suspirar por la llegada de los virtuosos puede ser un desahogo placentero, pero no explica mucho ni propone lo necesario. La crítica me parece penetrante; creo que tiene algo de razón: revisando mi texto puede ser cierto que hay mayor vigor, mayor enjundia en la reprobación de los personajes que la crítica y el análisis de los factores sociales e institucionales. Creo, sin embargo, que estos elementos están presentes, aunque, quizá, quedan en la sombra de la crítica a los sujetos de la transición.

¿Doy una desmedida importancia a los personajes? Puede ser. Lo que quise plantear en el libro es que los tiempos en que la antigua legitimidad se desmorona y cuando se requiere levantar el edificio de una nueva legitimidad, los hombres del poder quedan marcados por una densa responsabilidad histórica. Pero estoy convencido de que la solidez de un régimen depende fundamentalmente de la idoneidad de sus reglas e instituciones. No dedico poco espacio al análisis de las normas constitucionales y sus efectos en la distribución de poder y la definición de los estímulos políticos. Sé que antes que prédica moral, México necesita una buena ingeniería institucional. De hecho, cuando

advierto la pequeñez de nuestros políticos, subrayo el impacto que las reglas han tenido en la poda sistemática de los liderazgos. Tenemos una clase política enana, no porque padezcamos un defecto político congénito, ni porque nuestra idiosincracia nos condene a padecer ramplonas dirigencias, sino porque el Antiguo Régimen estableció pacientemente normas que cultivaron la disciplina y la insipidez y porque los resortes de nuestra nueva condición política premian la irresponsabilidad. Me siento, en ese sentido, mucho más cerca de la crítica de Rabasa a la Constitución del 57 que del homenaje de Cosío Villegas a la ley del medio siglo.

José Antonio Aguilar formula una serie de preguntas que considera debieron haber sido contestadas en el libro para seguir el argumento tocquevilliano a profundidad. Plantea, por ejemplo, que la liga que Tocqueville encontró entre la Revolución y el Antiguo Régimen es borrosa en mi ensayo. Creo, por el contrario, que esa es la línea de las páginas del libro: un régimen peculiar que encuentra un modo peculiar de transformación política; un sistema que hizo del consenso su pegamento fundamental y que ensucia definitivamente el acuerdo como sinónimo de connivencia; un sistema político que castiga la emergencia de liderazgos cerceñando con ello las cabezas de su transformación. Lo que he tratado de analizar son precisamente las herencias del antiguo régimen: el desprestigio del acuerdo, la ausencia de liderazgos, la perversión de las normas, la erosión del orden público.

Tiene razón José Antonio Aguilar también cuando advierte las desmesuras de mi texto. Hablar de los jacobinos mexicanos de finales del siglo XX es una exageración. En México, fuera de algunos cuantos dementes, no hay revolucionarios ni reaccionarios. No hay robespierrres ni de maîtres. Lo que pretendo denunciar

con este exceso retórico es la tentación de la ruptura, la devoción por lo simbólico, el ánimo de cortar la historia e insertar, como dijo Tocqueville, un abismo entre el futuro y el ayer. Lo acepto: la alusión al jacobinismo es un exceso. Pero es un exceso que pretende llamar la atención so-

bre los peligros de la vía rupturista. Giovanni Sartori, un hombre que posee el órgano del concepto, un académico obsesionado por el equilibrio decía que a veces la exageración era indispensable: «sin exageración las campanas de alarma no se escuchan».

NOTAS

1. «A mis lectores», en *Divagaciones y reparos. Antología de ensayos breves* (selec. de Julio Aguilar), México, Ediciones Verdehalago, 1999.

2. *Crítica de la razón arrogante. Cuatro panfletos civiles*, México, Taurus, 1999.

3. «Tocqueville and Democracy», en David Copp, Jean Hampton y John E. Roemer, *The Idea of Democracy*, Cambridge University Press, 1993.

4. «La verdad frente al compromiso», prólogo a Alberto Ruy Sánchez, *Tristeza de la verdad: André Gide regresa de Rusia*, en *Obras Completas*, vol. 9, *Ideas y costumbres. I. La letra y el cetro*.

5. Russell Jacoby, *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*, Nueva York, The Noonday Press, 1987.